

Dra. Paulina Sánchez y Dr. Jorge Varela
Instituto de Bienestar Socioemocional
Universidad del Desarrollo, Santiago de Chile

Violencia de Pareja Adolescente

¿Qué nos ofrece el estudio de las habilidades sociocognitivas?



Highlights

1. En general, existen distintas teorías que explican la violencia de pareja, mayormente enfocadas en adultos. Sin embargo, existen elementos que diferencian la violencia de pareja en adultos de aquella que ocurre en adolescentes.
2. En el estudio de la violencia de pareja adolescente (VPA), destacan los marcadores de riesgo ambientales e individuales. A nivel individuo, la investigación sobre procesos sociocognitivos es prometedora, pero escasa.
3. El presente artículo enfatiza la relevancia del estudio de las habilidades sociocognitivas para la comprensión de la VPA. Además, argumenta qué modelos explicativos de la agresión y violencia son relevantes de integrar, destacando el “Modelo Social-Cognitivo del Procesamiento de la Información para la Resolución de Problemas Sociales” de Huesmann.

Introducción

En el contexto anglosajón, durante décadas la violencia de pareja es considerada como un problema de salud pública y de relevancia para la opinión pública (Carlson & Worden, 2005; Foshee et al., 1998). Con recurrencia nos vemos enfrentados a lamentables noticias sobre formas de violencia extrema como femicidios y femicidios frustrados, pero de forma menos recurrente sobre la violencia de pareja dirigida a los hombres o en la adolescencia. Esto refleja que aún existen brechas en la difusión del conocimiento sobre la magnitud de un problema que afecta no sólo a distintos géneros, sino también a distintas etapas del desarrollo, siendo la violencia de pareja adolescente (VPA) una problemática aún invisibilizada en Latinoamérica (Valdivia-Peralta et al., 2019).

Frente a la violencia de pareja emergen distintas interrogantes: ¿Cuál es el origen de la agresión y violencia? ¿Qué conduce a una persona a agredir o violentar a su pareja? ¿Las conductas violentas hacia la pareja se debe a factores ambientales del contexto de desarrollo del individuo y/o a factores del indi-

viduo? ¿Existen diferencias entre adultos y adolescentes? ¿Qué dice la evidencia científica sobre los orígenes de la VPA? ¿El estudio de las habilidades sociocognitivas podría ser importante? ¿Qué modelos explicativos de la agresión y violencia podrían aportar al estudio de la VPA?

El presente documento espera responder estas interrogantes a la luz del conocimiento basado en la evidencia científica en torno al tema y propone el estudio de las habilidades de procesamiento socio-cognitivo como una oportunidad para el desarrollo de una mejor comprensión de los orígenes de la VPA.

¿Cómo comprender la agresión y violencia?

El estudio de la violencia es un campo complejo y controvertido por distintas razones, comenzando por las visiones fragmentadas de agresión y violencia que entorpecen el logro de una definición ampliada (Tolan, 2007), incluyendo la definición de abuso en el noviazgo (Rothman, 2018). Sin embargo, es relevante desarrollar una visión integrada sobre la violencia y sus formas dentro de una perspectiva ecológica de desarrollo, evidenciando el valor de abordar los problemas de violencia con foco en las relaciones (Tolan, 2007).

Podemos comprender la violencia dentro del marco de la agresión, es decir, concebir la agresión como comportamientos realizados por una persona (agresora) con la intención de dañar física o psicológicamente a otra persona que quiere evitar el daño (víctima), siendo la violencia una forma extrema, especialmente destructiva y cruel de la agresión (Shaver & Mikulincer, 2011). No obstante, la agresión también puede concebirse como una condición universal en el ser humano, es decir, posee una base adaptativa en el desarrollo de los sujetos, caracterizada por su funcionalidad y sus distintas formas de manifestación, teniendo un rol evolutivo fundamental para la supervivencia (Vitaro et al., 2006). En esta base adaptativa podemos identificar que las conductas agresivas se manifiestan de forma graduada y acordes con las circunstancias, por ejemplo, no

golpearíamos a nuestra pareja al sorprender que nos mintió, pero sí conducir a una discusión; en cambio, es probable que al ser golpeados por la pareja, reaccionemos con una agresión de igual proporción a modo de autodefensa. Por tanto, en el origen de la agresión de pareja podría existir una base universal que permearía las relaciones de pareja conforme a las circunstancias de esta.

Tan relevante como esta base agresiva universal en los individuos, es el rol modelador del ambiente sobre el curso de desarrollo de la conducta agresiva, pues se ve implicado un efecto combinado entre la maduración del cerebro y la socialización (Vitaro et al., 2006). Es relevante destacar que la influencia del ambiente sobre la conducta se desarrolla a través de dos grandes vías, por una parte, modifica los esquemas cognitivos y las creencias, por otra parte, modifica la disposición emocional de los sujetos, estando ambos implicados en el riesgo de presentar conductas violentas (Huesmann & Kirwill, 2007). De modo que se ha encontrado que los individuos presentan distintas formas de trayectorias de la agresión, dada la existencia de factores que exacerban la propensión a la agresión (Nagin & Tremblay, 2001). Así también, las conductas agresivas dirigidas hacia la pareja podrían estar modulada por la influencia del ambiente sobre los esquemas cognitivos y la disposición emocional del individuo incidiendo en una mayor o menor propensión a la agresión.

En conclusión, desarrollar una visión integrada sobre la violencia de pareja implica incluir una perspectiva ecológica que conserve la importancia del rol modelador del ambiente y que a su vez identifique factores específicos implicados en los procesos cognitivos y emocionales que conducirían a una mayor propensión a la agresión. Desarrollar concepciones integradas sobre la agresión es relevante pues inciden en qué estudios se realizan y en cómo se enmarcarán los problemas de violencia (Tolan, 2007), incluyendo en la pareja.

¿Qué teorías explican la violencia de pareja?

Según Rothman (2018), desde las ciencias sociales se han desarrollado más de 20 teorías para explicar por qué ocurre el abuso de pareja, no obstante, muchos teóricos proponen que más de una teoría puede reflejar una parte diferente de la realidad y ser simultáneamente correctas, incluso algunas teorías son similares y ocasionalmente se realizan esfuerzos para crear una “teoría integrada”. Es importante señalar que ninguna explicación causal puede describir el comportamiento de todos los perpetradores, pues existen variaciones en lo que impulsa cualquier comportamiento humano de una persona a otra, de modo que se acepta que hay diferentes explicaciones causales en juego para diferentes personas (Rothman, 2018).

Rothman (2018) señala distintas categorizaciones teóricas como son las históricas, de transmisión intergeneracional, sobre factores proximales y distales, socioculturales, criminológicas, psicológicas de nivel individual y biológicas, como se observa en la Figura 1. Se ha planteado que los enfoques psicológicos y psicosociales ofrecen las explicaciones más parsimoniosas y completas, también que revisiones más profundas permite examinar la relación entre la psicología y el funcionamiento neuropsicológico (Corvo & Johnson, 2013). Por tanto, podemos destacar que el desarrollo del conocimiento científico sobre las causas del abuso de pareja íntima es amplio, diverso y cuenta con respaldo empírico, aunque en algunos casos con mayor robustez que en otros (Corvo & Johnson, 2013).

Mencionamos los aportes de algunas teorías ampliamente respaldadas que miradas de forma conjunta con otras teorías innovadoras pueden aportar ideas relevantes para el desarrollo de modelos de investigación sobre violencia de pareja, especialmente en la adolescencia, pues es un campo con menor desarrollo teórico en comparación con la adultez.

Las “Teorías de Transmisión Intergeneracional de la Violencia” han contribuido de forma impor-

tante a explicar las causas de la violencia de pareja en adultos, jóvenes y adolescentes. El gran valor de éstas es que abarcan distintos niveles del fenómeno, existiendo teorías sobre los procesos sociales y biológicos que pueden conducir a la transmisión intergeneracional del abuso de pareja (Rothman, 2018), considerando el rol modelador que tienen los factores ambientales sobre los factores individuales que inciden en las conductas agresivas hacia la pareja. Sus fundamentos han orientado investigaciones sobre la influencia que tiene el ambiente familiar y social en la infancia y adolescencia para el curso de la agresión y la violencia de pareja, por ejemplo, ser testigo de violencia interparental, ser víctima de abuso infantil y/o relacionarse con pares (compañeros u amigos) que presentan ideas y conductas delictivas (Cascardi & Jouriles, 2018). En ello, se destaca la “Teoría de los Sistemas Familiares” (Feldman, 1979), la cual propone que la dinámica relacional familiar influye en el desarrollo de la personalidad (Rothman, 2018), planteando que, en muchos casos, aunque no en todos, el origen causal de la agresión hacia la pareja son las experiencias negativas que los niños tienen con sus familias, siendo relevante los mecanismos que lo vinculan (Rothman, 2018).

En cuanto a las “Teorías Psicológicas de Nivel Individual”, es importante señalar que no existe una teoría que pueda afirmar que existe un rasgo de personalidad en particular a la base de las conductas de perpetración de pareja, sino que muchos estudios han evaluado la existencia de uno o más rasgos de personalidad (Rothman, 2018). Entre los rasgos y estados de personalidad que predicen la perpetración hacia la pareja en adultos, se ha encontrado la ansiedad social, sensibilidad al rechazo, estado de ira, reactividad a la ira, hostilidad y sesgo de atribución hostil, este último consiste en que las personas suponen equivocadamente que los demás tienen intenciones negativas (Hanby et al. 2012; Purdie & Downey, 2000; Taft et al., 2007; Eckhardt et al., 2002; Holtzworth-Munroe & Hutchinson, 1993; Rothman, 2018). Hay que destacar que los estudios que han intentado establecer tipologías sobre los rasgos de personalidad en la etapa adolescente son tremendamente escasos comparado

de origen, uso de sustancias, características de los amigos, aspectos dinámicos propios de la pareja, cultura y apego escolar, políticas de los establecimientos educacionales, desventajas del barrio, violencia comunitaria, normas culturales relacionadas con la agresión, estatus social de mujeres y hombres, así como la naturaleza interseccional de múltiples formas de opresión (Rothman, 2018).

Sin embargo, en general, el Modelo Social Ecológico de Bronfenbrenner (1977) ha recibido importantes críticas, reconociendo su mismo autor que los factores del mismo individuo han sido pasados por alto en distintas teorías del desarrollo humano (Bronfenbrenner & Ceci, 1994). Por tanto, para comprender el desarrollo de los sujetos hay que considerar no sólo las propiedades objetivas del ambiente, sino también las propiedades subjetivas de las personas que viven en cierto ambiente, considerando procesos complejos en términos bio-psicológicos (Bronfenbrenner & Ceci, 1994).

Violencia de pareja en adultos y en adolescentes ¿Es lo mismo?

En términos de definición, por décadas no se realizó una diferenciación entre violencia de pareja en adultos y violencia de pareja en adolescentes, descrita como algún tipo de violencia psicológica, física, sexual o acoso perpetrado por una pareja actual o anterior, en persona o electrónicamente (Centers for Disease Control and Prevention, 2020). No obstante, actualmente se incorporó la concepción de que la VPA es “una experiencia infantil adversa” en persona, en línea o a través de la tecnología, que puede incluir violencia física, sexual, psicológica y/o acoso (Centers for Disease Control and Prevention, 2022).

Por tanto, la violencia de pareja sería un fenómeno cualitativamente distinto según la etapa de desarrollo en que se presente, que en la adolescencia, al ser una experiencia infantil adversa, sitúa los riesgos para el desarrollo de forma temprana, a diferencia de la adultez.

La evidencia sobre las consecuencias negativas de la VPA es consistente, las cuales se manifiestan en la adolescencia y pueden continuar hasta la adultez (Doucette et al., 2021), incluyendo problemas de salud mental y de otros ámbitos, como depresión, ansiedad, hostilidad, baja autoestima, uso de sustancias, bajo rendimiento escolar, absentismo escolar, suicidio, embarazo y comportamiento sexual de riesgo (Doucette et al., 2021; Choi et al., 2017). Otro problema de la violencia de pareja en la adolescencia es que los niveles de conducta agresiva que se presentan en dicha etapa suelen persistir y mantenerse en la adultez, así como incide en un mayor riesgo de sufrir victimización en las relaciones de pareja adulta (Valdivia-Peralta et al., 2018; Exner-Cortens et al., 2017). Por tanto, los efectos de la VPA implican más de una etapa del desarrollo y distintas dimensiones de este.

Si bien conocer las consecuencias de la VPA permite visibilizar los alcances del problema, también es necesario comprender los mecanismos o procesos internos en los adolescentes que subyacen a sus conductas de perpetración. Para ello es importante comprender la adolescencia como una etapa del ciclo vital con diferencias respecto a la adultez, caracterizada por grandes cambios sociales, psicológicos y biológicos (Crone et al., 2016; Foulkes & Blakemore, 2018). Las particularidades de esta etapa pueden incidir en que los mecanismos asociados a la perpetración de pareja sean distintos entre adolescentes, jóvenes y adultos, por lo que los resultados de estudios obtenidos en población adulta no debiesen aplicarse a etapas previas.

Ejemplifiquemos la relevancia de la etapa del ciclo vital para el estudio del procesamiento sociocognitivo asociado a la perpetración de pareja en la adolescencia, considerando factores importantes como la impulsividad, empatía y conducta prosocial. La impulsividad, refiere a respuestas o acciones de los individuos no correctamente planificadas, generadas sin un mecanismo de control regulatorio, las cuales pueden ser consideradas como arriesgadas o inapropiadas y generalmente suelen tener efectos in-

deseables (Evenden, 1999). Además, ha sido relacionada con la desregulación de la conducta individual y prosocial, que tienen como resultado violencia o agresividad (DeYoung et al., 2010; Hollander & Rosen, 2000). Se ha planteado que una variable que tiene un rol crítico en la impulsividad es la etapa del ciclo vital, pues se ha definido la impulsividad como un rasgo característico de la adolescencia, principalmente asociado a la remodelación neurocognitiva, evidenciado en diferentes dimensiones como el control de impulsos, toma de riesgos, adecuación social y regulación emocional entre otros (Romer et al., 2017; Steinberg & Chein, 2015). Por ello, los adultos suelen considerar a los adolescentes como impulsivos, arriesgados, emocionales y/o inadecuados en ciertas circunstancias sociales.



También en términos de empatía se han encontrado diferencias entre adolescentes y adultos. Podemos comprender la empatía como un componente fundamental de la cognición so-

cial, determinante para el desarrollo de interacciones interpersonales adecuadas, implicado en el contexto de la conducta social, además se asocia a conductas prosociales (De Vignemont & Singer, 2006; Kämpfe et al., 2009). La baja empatía se asocia al comportamiento antisocial, agresión y delincuencia (Van Lanen et al., 2014). La empatía tiene una dimensión cognitiva y una emocional, pues implica el proceso de adoptar las perspectivas de los demás y representar el estado mental de los otros, como también experimentar reacciones afectivas a las experiencias observadas en los demás o compartir un sentimiento (Kim et al., 2020). Un estudio que utilizó escalas de autorreporte y tareas de desempeño de empatía cognitiva y emocional frente resonancia magnética funcional (fMRI) sugirió fuertemente que los adolescentes poseen habilidades empáticas cognitivas

y emocionales más bajas que los adultos y requieren hiperactivación compensatoria de las regiones cerebrales asociadas con la empatía emocional o el “*embodiment*” en una situación empática emocional, esta hiperactivación compensatoria probablemente esté asociada con la menor capacidad empática cognitiva encontrada en los adolescentes (Kim et al., 2020). Además, un estudio encontró niveles más bajos de regulación emocional y de empatía en adolescentes ciberagresores (Segura et al., 2020).

La adolescencia también es un periodo crítico en aspectos prosociales, ya que las habilidades cognitivas mejoradas permitirían a los adolescentes participar en un pensamiento más simbólico y contemplar conceptos abstractos, como el yo y la relación de uno con los demás (Kuhn, 2009; Steinberg, 2005). La conducta prosocial se describe como la expresión de conductas voluntarias con la intención de beneficiar a otros (Brittian & Humphries, 2015). Se ha encontrado que gran parte de los adolescentes presentan un declive inicial en sus conductas prosociales desde los 13 años de edad hasta los 17 años y un aumento posterior hasta los 21 años, mientras que algunos adolescentes no presentan un declive en prosocialidad, sino que aumenta entre los 13 y 21 años (Luengo et al., 2014). Otra particularidad es que los adolescentes evalúan el contexto situacional para determinar si tendrán un comportamiento prosocial o no, por ejemplo, se ha planteado que algunos jóvenes con comportamiento prosocial en público podrían hacerlo para alcanzar un beneficio para sí mismo y no por un beneficio hacia los demás (Brittian & Humphries, 2015). Un estudio se encontró que los adolescentes que respaldaron creencias agresivas de represalia tenían más probabilidades de participar en un comportamiento prosocial proactivo (Boxer et al., 2004), esto sugiere que los comportamientos prosociales que son egoístas pueden verse facilitados por motivaciones similares a las que facilitan el comportamiento agresivo (Brittian & Humphries, 2015).

En conclusión, la adolescencia es un periodo crítico del desarrollo que presenta particularidades en cuanto a habilidades cognitivas y comportamien-

tos asociados a éstas que son relevantes para las relaciones interpersonales. No obstante, el estudio de la relación entre VPA y factores individuales como la impulsividad, la empatía o aspectos prosociales es escaso (Ej. Glowacz & Courtain, 2021).

¿Qué dice la evidencia científica sobre los orígenes de la VPA?

La investigación centrada en marcadores de riesgo brinda evidencia importante sobre factores asociados a la VPA, enfocada en su mayoría en los niveles ontogenéticos y de microsistemas (Spencer et al., 2021), tradicionalmente conocidos como factores individuales y ambientales (Foshee & Matthew, 2007). Al nivel ontogenético corresponde aquellos factores de nivel individual únicos para los antecedentes de cada persona, mientras que al nivel de microsistema corresponden aquellos factores situados dentro del entorno directo del individuo, como amigos y familiares (Spencer et al., 2021). Por ejemplo, entre los marcadores de riesgo para la perpetración en la pareja adolescente de nivel de microsistema se encuentran las experiencias previas de VPA (tanto perpetración como victimización), tener pares (amigos o compañeros) perpetradores de VPA, la violencia hacia los pares, ser testigo de violencia entre los padres y el abuso infantil en la familia; mientras que entre los marcadores ontogénicos se encuentran las conductas externalizantes, la aprobación de la violencia, la baja habilidad de resolución de conflictos, la conducta sexual de riesgo, la ira y el consumo de alcohol (Spencer et al., 2021; Cascardi & Jouriles, 2018). Algunos estudios se han enfocado en comprender los mecanismos implicados en la relación entre la exposición a la violencia en la familia de origen y la perpetración en la pareja adolescente (Cascardi & Jouriles, 2018). Por lo que, según los modelos ecológicos y la evidencia sobre marcadores de riesgo, en la perpetración de VPA se integran distintos niveles explicativos, individuales y ambientales, respaldando la noción de que ningún factor por sí mismo puede explicar la perpetración (Spencer et al., 2021).

Por otra parte, hay que señalar que a nivel individuo existe evidencia sobre factores implica-

dos en el procesamiento sociocognitivo asociado a la perpetración, como las actitudes de justificación o aprobación de la violencia de pareja y el sesgo de atribución hostil, es decir, la tendencia a interpretar las interacciones sociales como intencionalmente maliciosas (Cascardi & Jouriles, 2018). Sin embargo, aunque la investigación sobre procesos sociocognitivos es prometedora, es escasa, de modo que se sugiere el desarrollo de investigaciones adicionales (Cascardi & Jouriles, 2018).

¿Qué son las habilidades sociocognitivas? ¿Cómo contribuirían a la comprensión de la VPA?

Las habilidades sociocognitivas son procesos cognitivos que median la relación entre distintas situaciones (estímulo) de carácter interpersonal y la expresión de las habilidades sociales en dicho contexto, en otras palabras, son procesos internos que influyen en la calidad del ajuste social (Farkas et al., 2006). Estas habilidades se desarrollan, teniendo el contexto social un rol fundamental.

El contexto social contribuye al desarrollo cognitivo en dos maneras, por una parte, determina lo que los niños piensan y cómo piensan y, por otra parte, es el principal sistema mediante el cual aprenden sobre el mundo y desarrollan habilidades cognitivas, es decir, el desarrollo cognitivo está imbuido de información social y surge de la experiencia social (Gauvain & Perez, 2015). En este contexto social se presentan distintos “agentes de socialización cognitiva”, como la familia, madres, padres, hermanos, grupo de pares y la escuela, considerados los principales contextos del desarrollo infantil y proporcionan al niño un marco de referencia para su actuación social (Gauvain & Perez, 2015; Ison-Zintilini & Morelato-Giménez, 2008). Por consiguiente, el niño internaliza, interpreta y responde a las demandas y restricciones provenientes de los diferentes agentes socializantes. De este modo, comienzan a adquirir y a consolidar determinados esquemas cognitivos-afectivos que sustentan los mecanismos de autorregulación del comportamiento social (Ison-Zintilini & Morelato-Giménez, 2008).

Por tanto, la importancia del contexto social y los agentes socializadores se encuentra en cómo configuran experiencias que brindan oportunidades, o carencia de oportunidades, para el desarrollo de los niños, niñas y adolescentes. Las experiencias positivas irán forjando esquemas cognitivos y afectivos adaptativos que promoverán conductas saludables y, por el contrario, las experiencias negativas facilitarán la conformación de esquemas disfuncionales, los cuales pueden dar origen a conductas de riesgo para la salud (Ison-Zintilini & Morelato-Giménez, 2008). Por ello, experiencias negativas como el maltrato infantil pueden ser comprendidas como un ambiente relacional patogénico capaz de generar riesgos de mala adaptación del sujeto en distintos dominios de su desarrollo, incluyendo los psicológicos y los biológicos, pues a su base se encuentra la privación de experiencias que se creen promotoras del desarrollo adaptativo (Cicchetti & Banny, 2014).

Dado que procesos internos como las habilidades sociocognitivas median la relación entre situaciones de carácter interpersonal y la habilidad social para responder a tales situaciones de forma ajustada, el estudio de las habilidades sociocognitivas es relevante para comprender procesos internos que conducen a presentar conductas agresivas hacia la pareja. Además, el estudio de las habilidades sociocognitivas permitiría explicar los mecanismos que vinculan experiencias negativas, por ejemplo, en la infancia y sus posteriores conductas agresivas hacia la pareja (Rothman, 2018), permitiendo integrar fundamentos de teorías de la transmisión intergeneracional de la violencia, teorías psicológicas de nivel individual y teorías biológicas.

¿Qué modelos explicativos de la agresión y violencia podríamos considerar para el estudio del procesamiento sociocognitivo subyacente a la VPA?

Basados en los fundamentos teóricos sobre violencia de pareja con mayor respaldo y considerando la escasa evidencia sobre VPA desde perspectivas psicológicas de nivel individual y biológicas, buscar

explicaciones desde un enfoque de procesamiento sociocognitivo de la información podría ser de gran aporte para el desarrollo de conocimiento sobre la VPA. Por una parte, permitiría comprender cómo los factores ambientales afectan los procesos sociocognitivos de un sujeto, provocando o primando el comportamiento agresivo hacia la pareja, integrando distintos niveles explicativos, como el ambiental y el individual, siendo coherente con elementos del modelo social ecológico, teorías de transmisión intergeneracional de la violencia, teorías psicológicas y teorías biológicas. Además, permite integrar distintas dimensiones del individuo como son la disposición emocional y también los esquemas cognitivos y creencias en los individuos.

Según el Modelo de Procesamiento de Información Social Cognitivo planteado por Huesmann y Kirwill (2007) basado en la Teoría del Aprendizaje Social de Bandura (1977), la conducta violenta se desarrolla según una serie de mecanismos cognitivos que controlan tal conducta, integrando la influencia de factores ambientales e individuales. Específicamente, plantean que las personas desarrollan guiones de comportamiento que guían sus conductas, las cuales pueden ser más o menos violentas.



Experiencias ambientales como la exposición a la violencia inciden en generar comportamiento violento en el corto plazo e inciden en la predisposición a tener un comportamiento más violento en el largo plazo (Huesmann & Kirwil, 2007; Huesmann, 2018). Las teorías psicológicas explican que los mecanismos a la base de corto plazo incluyen el *priming*, la imitación simple, y la transferencia de la excitación (ej. Anderson et al., 1998; Huesmann, 1998). Huesmann (2018) explica que el *priming* es el proceso neurológico implicado en ver violencia, frente a la cual se produce una activación generalizada en las neuronas del

cerebro que activa un abanico de ideas relacionadas con la violencia, haciendo que la violencia sea más probable; también explica que la imitación simple se produce porque los seres humanos tenemos la tendencia arraigada a imitar todo lo que vemos y; finalmente, la transferencia de excitación significa que, cuando somos provocados por alguien, nos sentimos más enojados si recientemente hemos sido excitados hacia el enojo por algo que observamos o experimentamos.

Además, de los mecanismos de corto plazo de la violencia, se encuentran los efectos predisponentes a largo plazo, los cuales involucran procesos cognitivos más complejos, como el aprendizaje observa-

cional de cogniciones y la desensibilización emocional (Huesmann & Kirwil, 2007; Huesmann, 2018). El mecanismo implicado sería la activación de un conjunto complejo de asociaciones relacionadas con ideas o emociones agresivas, lo que aumenta temporalmente la accesibilidad de pensamientos, sentimientos y guiones agresivos, incluidas las tendencias de acción agresiva (Huesmann & Kirwil, 2007; Huesmann, 1998; 2018), como se observa en el “modelo social-cognitivo de procesamiento de información para la resolución de problemas sociales” y en “el ciclo de la violencia (Figuras 2 y 3). De modo que, a la base de conductas agresivas, como la VPA, podrían estar conjugados aspectos cognitivos y emocionales.

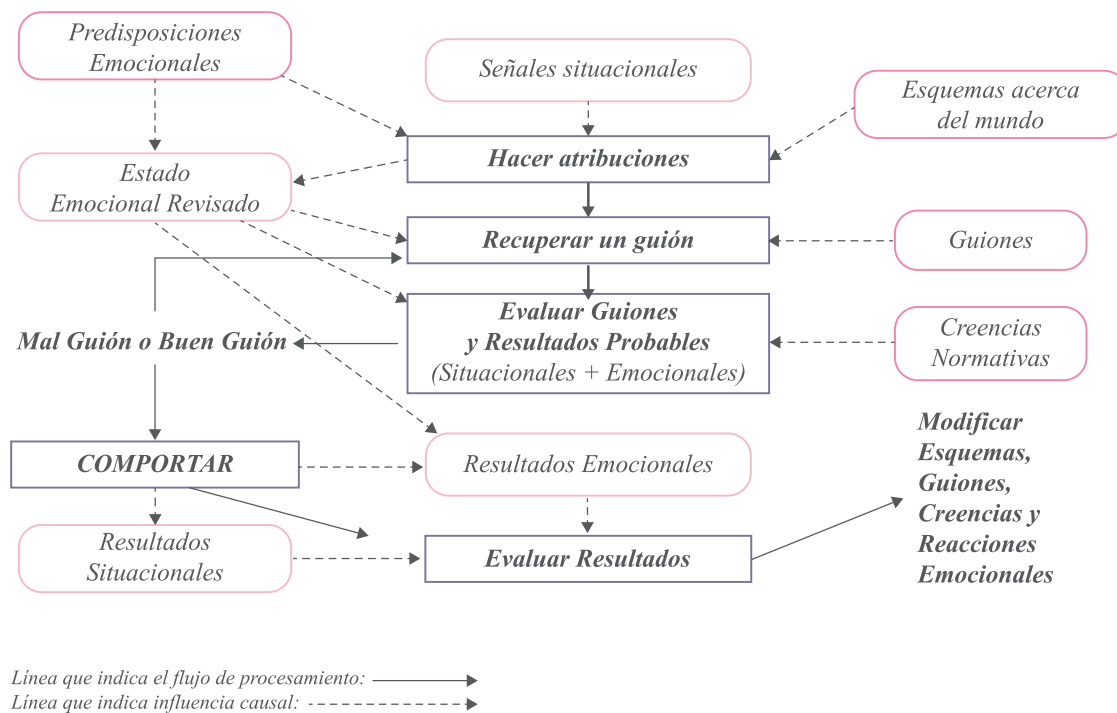


Figura 2. Modelo social-cognitivo del procesamiento de información para la resolución de problemas sociales. Las cajas redondeadas en negrita representan predisposiciones cognitivas y emocionales que difieren entre individuos. Flujo de procesamiento de la información se indica mediante flechas de trazo continuo, y causal influencias se indican mediante flechas de puntos (Adaptado de Huesmann 1998; 2018).

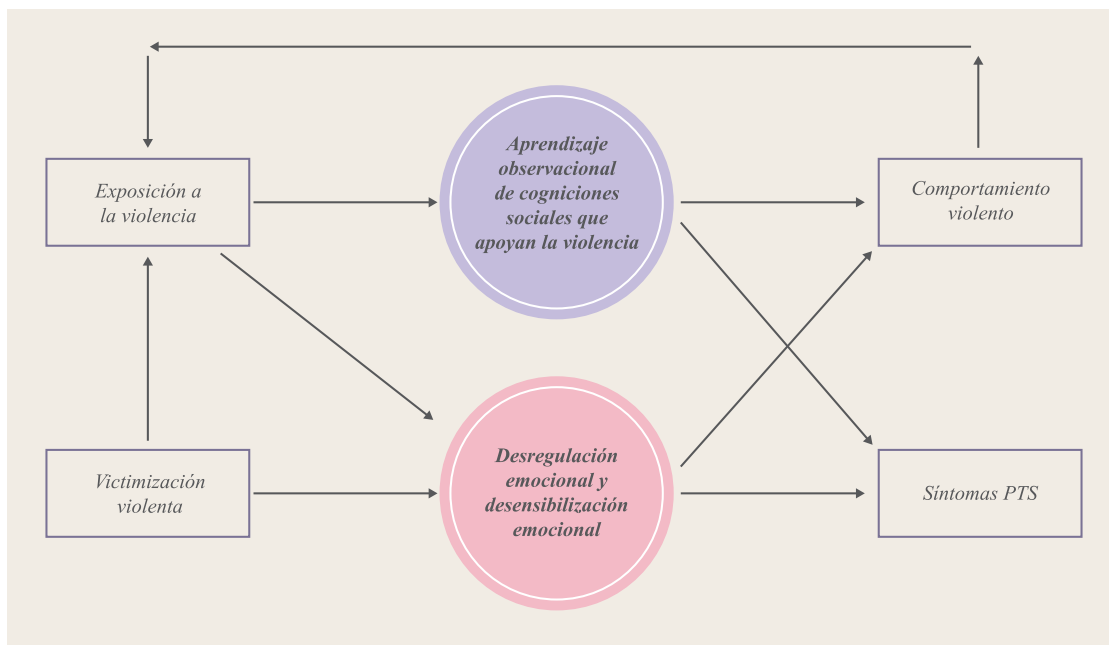


Figura 3. El ciclo de contagio de la violencia (Adaptado de Huesmann 2012; 2018).

Dentro de los aspectos cognitivos, podemos encontrar el fenómeno de desensibilización cognitiva a la violencia, el cual consiste en un proceso de cambios en las creencias acerca de la violencia producto de exposiciones repetidas a ésta, pasando de ver la violencia y la agresión como comportamientos raros y poco probables a creer en ellas como algo común e inevitable, derivando en evaluaciones morales más positivas de los actos agresivos y en justificar estos actos (Huesmann & Kirwil, 2007). Mientras que dentro de los aspectos emocionales se han encontrado dos fenómenos: 1) La sensibilización, proceso por el cual se llega a ser más propenso a experimentar excitación y afectos negativos y, 2) La desensibilización, proceso que conlleva a una menor propensión a experimentar excitación y afectos negativos frente a escenas violentas (Huesmann & Kirwil, 2007), como se observa en las figuras 2 y 3. Por tanto, estos fenómenos podrían incidir en que los adolescentes experimenten mayor excitación o reactividad emocional frente a la VPA o que justifiquen el uso de violencia teniendo actitudes hacia la VPA favorables asociadas a una menor excitación emocional hacia ella.

Huesmann (2018) explica que las intensas reacciones emocionales y cognitivas producto de ser testigo o víctima de violencia pueden tener efectos a largo plazo en la salud mental de la persona, por ejemplo, generar síntomas de estrés postraumático y problemas de comportamiento como ejercer violencia, propiciando un círculo vicioso en el que una persona observa un comportamiento violento y se comporta de manera violenta, lo cual conduce a comportamientos violentos en otra persona, aumentando la exposición de la persona a la violencia, y así sucesivamente (Figura 3). Es posible que distintos fenómenos característicos de la violencia de pareja como: a) La transmisión intergeneracional de la violencia de pareja; b) La co-ocurrencia de la perpetración y victimización que caracteriza a la VPA, es decir, que quienes son víctimas también perpetran violencia a sus parejas y viceversa y; c) La asociación entre experimentar violencia de pareja en la adolescencia y un mayor riesgo de violencia de pareja en la adultez; puedan explicarse por un mecanismo cíclico de contagio de la violencia.

Conclusión

En conclusión, podemos considerar que los modelos enfocados en el procesamiento sociocognitivo permiten orientar la investigación en torno a los mecanismos subyacentes al vínculo entre exposición a la violencia y las conductas de violencia en la pareja adolescente. El modelo sociocognitivo de procesamiento de información para la resolución de problemas sociales (Huesmann, 1998; 2018) y el ciclo de contagio de la violencia (Huesmann, 2012; 2018) destacan al indicar que el aprendizaje social de la violencia (Bandura, 1977) se encuentra mediado por procesos internos complejos del individuo que implican dimensiones cognitivas y emocionales en una interacción dinámica con el ambiente o contexto de desarrollo, incidiendo en el desarrollo de conductas violentas. Dado que la adolescencia es un periodo crítico en términos de habilidades sociocognitivas como la impulsividad, la empatía y la prosocialidad, entre otros, con características que podrían incidir en un funcionamiento sociocognitivo diferente al que presentan los adultos, sería interesante evaluar la asociación entre dichas habilidades y las conductas de VPA orientados por modelos de procesamiento sociocognitivo, subsanando la escasez de estudios desde perspectivas psicológicas y biológicas para esta etapa del desarrollo y, finalmente, facilitar los avances hacia el desarrollo de teorías integradas.

Referencias

- Anderson, C. A., Benjamin, A. J., & Bartholow, B. D. (1998). Does the gun pull the trigger? Automatic priming effects of weapon pictures and weapon names. *Psychological Science, 9*(4), 308-314. <https://doi.org/10.1111/1467-9280.00061>
- Babcock, J. C., Green, C. E., & Webb, S. A. (2008). Decoding deficits of different types of batterers during presentation of facial affect slides. *Journal of Family Violence, 23*(5), 295-302. Available from <https://doi.org/10.1007/s10896-008-9151-1>.
- Bandura, A. (1977). *Social learning theory*. Prentice Hall.
- Bannon, S. M., Salis, K. L., & O'Leary, K. D. (2015). Structural brain abnormalities in aggression and violent behavior. *Aggression and Violent Behavior, 25*, 323-331. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2015.09.016>.
- Boxer, P., Tisak, M.S., Goldstein, S.E. (2004). Is it bad to be good? An exploration of aggressive and pro-social behavior subtypes in adolescence. *Journal of Youth and Adolescence, 33*, 91-100. <https://doi.org/10.1023/B:JOYO.0000013421.02015.ef>
- Brittian, A. S., & Humphries, M. L. (2015). Prosocial behavior during adolescence. *International Encyclopedia of The Social & Behavioral Sciences, 19*, 221-227.
- Bronfenbrenner, U. (1977). Toward an experimental ecology of human development. *American Psychologist, 32*(7), 513-531. <https://doi.org/10.1037/0003-066X.32.7.513>
- Bronfenbrenner, U., & Ceci, S. J. (1994). Nature-nuture reconceptualized in developmental perspective: A bioecological model. *Psychological Review, 101*(4), 568-586. <https://doi.org/10.1037/0033-295X.101.4.568>
- Bueso-Izquierdo, N., Hidalgo-Ruzzante, N., Daugherty, J. C., Burneo-Garces, C., & PerezGarcia, M. (2016). Differences in executive function between batterers and other criminals. *Journal of Forensic Psychology Practice, 16*(5), 321-335. <https://doi.org/10.1080/15228932.2016.1219216>.
- Calvete, E., Orue, I., Gamez-Guadix, M., & López de Arroyabe, E. (2016). Social information processing in dating conflicts: Reciprocal relationships with dating aggression in a one-year prospective study. *Journal of Interpersonal Violence, 31*(7), 1159-1183. <https://doi.org/10.1177/0886260514564160>
- Carlson, B. E., & Worden, A. P. (2005). Attitudes and beliefs about domestic violence: Results of a public opinion survey: I. Definitions of domestic violence, criminal domestic violence, and prevalence. *Journal of Interpersonal Violence, 20*(10), 1197-1218. <https://doi.org/10.1177/0886260505278530>
- Cascardi, M. & Jouriles, E. N. (2018). Mechanisms underlying the association of exposure to family of origin violence and adolescent dating violence. In D. A. Wolfe & J. R. Temple (Eds.), *Adolescent dating violence* (pp. 159-188). Academic Press. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-811797-2.00007-4>
- Centers for Disease Control and Prevention (2022). Fast facts: Preventing teen dating violence. CDC website: <https://www.cdc.gov/violenceprevention/intimatepartnerviolence/teendatingviolence/fastfact.html>
- Centers for Disease Control and Prevention. Preventing Teen Dating Violence [Internet]. Centers for Disease Control and Prevention; 2020 [citado 20 Mayo 2021]. Disponible en: <https://www.cdc.gov/injury/features/dating-violence/index.html>

- Chemtob, C. M., Novaco, R. W., Hamada, R. S., Gross, D. M., & Smith, G. (1997). Anger regulation deficits in combat-related posttraumatic stress disorder. *Journal of Traumatic Stress, 10*(1), 1736. <https://doi.org/10.1002/jts.2490100104>.
- Choi, H. J., Weston, R., & Temple, J. R. (2017). A three-step latent class analysis to identify how different patterns of teen dating violence and psychosocial factors influence mental health. *Journal of Youth and Adolescence, 46*, 854-866. <https://doi.org/10.1007/s10964-016-0570-7>
- Cicchetti, D. & Banny, A. (2014). A developmental psychopathology perspective on child maltreatment. In M. Lewis & K. Rudolph (Eds.), *Handbook of developmental psychopathology* (3rd ed., pp.723 – 741). Springer. https://doi.org/10.1007/978-1-4614-9608-3_37
- Cohen, R. A., Brumm, V., Zawacki, T. M., Paul, R., Sweet, L., & Rosenbaum, A. (2003). Impulsivity and verbal deficits associated with domestic violence. *Journal of the International Neuropsychological Society, 9*(5), 760-770. <https://doi.org/10.1017/s1355617703950090>
- Corvo, K., & Johnson, P. (2013). Sharpening Ockham’s razor: The role of psychopathology and neuropsychopathology in the perpetration of domestic violence. *Aggression and Violent Behavior, 18*(1), 175-182. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2012.11.017>
- Crone, E. A., van Duijvenvoorde, A. C., & Peper, J. S. (2016). Annual Research Review: Neural contributions to risk-taking in adolescence—developmental changes and individual differences. *Journal of Child Psychology and Psychiatry, 57*(3), 353-368. <https://doi.org/10.1111/jcpp.12502>
- De Vignemont, F., & Singer, T. (2006). The empathic brain: how, when and why?. *Trends in Cognitive Sciences, 10*(10), 435-441. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2006.08.008>
- DeYoung, C. G., Hirsh, J. B., Shane, M. S., Papademetris, X., Rajeevan, N., & Gray, J. R. (2010). Testing predictions from personality neuroscience: Brain structure and the big five. *Psychological Science, 21*(6), 820-828. <https://doi.org/10.1177/0956797610370159>
- Doucette, H., Collibee, C., & Rizzo, C. J. (2021). A Review of Parent- and Family-based Prevention Efforts for Adolescent Dating Violence. *Aggression and Violent Behavior, 58*, 101548. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2021.101548>
- Eckhardt, C., Jamison, T. R., & Watts, K. (2002). Anger experience and expression among male dating violence perpetrators during anger arousal. *Journal of Interpersonal Violence, 17*(10), 1102-1114. <https://doi.org/10.1177/08862605-0201710-05>
- Evenden, J. L. (1999). Varieties of impulsivity. *Psychopharmacology, 146*(4), 348-361. <https://doi.org/10.1007/PL00005481>
- Exner-Cortens, D., Eckenrode, J., Bunge, J., & Rothman, E. (2017). Revictimization after adolescent dating violence in a matched, national sample of youth. *Journal of Adolescent Health, 60*(2), 176-183. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2016.09.015>
- Farkas, C., Grothusen, S., Josee, M., & Von Freeden, P. (2006). Revisión de las habilidades socio-cognitivas en la infancia temprana. *Summa psicológica UST, 3*(1), 31-42. <https://doi.org/10.18774/448x.2006.3.31>
- Feldman, L. B. (1979). Marital conflict and marital intimacy: An integrative psychodynamic-behavioral-systemic model. *Family Process, 18*(1), 69-78.
- Foshee, V. A. & Matthew, R. A. (2007). Adolescent dating abuse perpetration: A review of findings, methodological limitations, and suggestions for future research. In D. J. Flannery, A. T. Vazsonyi, & I. D. Waldman (Eds.), *The Cambridge handbook of violent behavior and aggression* (pp. 431-449). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511816840.022>

- Foshee, V. A., Bauman, K. E., Arriaga, X. B., Helms, R. W., Koch, G. G., & Fletcher Linder, G. (1998). An evaluation of Safe Dates, an adolescent dating violence prevention program. *American Journal of Public Health, 88*(1), 45–50. <https://doi.org/10.2105/AJPH.88.1.45>
- Foulkes, L., & Blakemore, S. J. (2018). Studying individual differences in human adolescent brain development. *Nature Neuroscience, 21*(3), 315–323. <https://doi.org/10.1038/s41593-018-0078-4>
- Gauvain, M., & Perez, S. M. (2015). The socialization of cognition. In J. E. Grusec & P. D. Hastings (Eds.), *Handbook of socialization: Theory and research* (pp. 566–589). The Guilford Press.
- Glowacz, F. & Courtain, A. (2021). Perpetration of dating violence among Belgian youth: Impulsivity, verbal skills, and empathy as risk and protective factors? *Violence and Victims, 36*(1), 110–131. <https://doi.org/10.1891/VV-D-19-00016>
- Hanby, M. S. R., Fales, J., Nangle, D. W., Serwik, A. K., & Hedrich, U. J. (2012). Social anxiety as a predictor of dating aggression. *Journal of Interpersonal Violence, 27*(10), 1867–1888. <https://doi.org/10.1177/0886260511431438>
- Hollander, E. & Rosen, J. (2000). Impulsivity. *Journal of Psychopharmacology, 14*(2), S39–S44. <https://doi.org/10.1177/02698811000142S106>
- Holtzworth-Munroe, A., & Hutchinson, G. (1993). Attributing negative intent to wife behavior: The attributions of maritally violent versus nonviolent men. *Journal of Abnormal Psychology, 102*(2), 206–211. <https://doi.org/10.1037/0021-843X.102.2.206>
- Huesmann, L. R. (1998). The role of social information processing and cognitive schemas in the acquisition and maintenance of habitual aggressive behavior. In R. G. Geen & E. Donnerstein (Eds.), *Human aggression: Theories, research, and implications for policy* (pp. 73–109). Academic Press. <https://doi.org/10.1016/B978-012278805-5/50005-5>
- Huesmann, L. R. (2012). The Contagion of Violence: The extent, the processes, and the outcomes. In D. M. Patel & R. M. Taylor (Eds.), *The Social and Economic Costs of Violence* (pp. 63–83), Forum on Global Violence Prevention, Institute of Medicine, National Academy of Sciences, The National Academies Press.
- Huesmann, L. R. (2018). The contagion of violence. In A. T. Vazsonyi, D. J. Flannery, & M. DeLisi (Eds.), *The Cambridge handbook of violent behavior and aggression* (2nd ed.) (pp. 527–556). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/9781316847992.030>
- Huesmann, L. R. & Kirwil, L. (2007). Why observing violence increases the risk of violent behavior by the observer. In D. J. Flannery, A. T. Vazsonyi, & I. D. Waldman (Eds.), *The Cambridge handbook of violent behavior and aggression* (pp. 545–570). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511816840.029>
- Ison-Zintilini, M. S., & Morelato-Giménez, G. S. (2008). Habilidades socio-cognitivas en niños con conductas disruptivas y víctimas de maltrato. *Universitas Psychologica, 7*(2), 357–367.
- Jouriles, E. N., McDonald, R., Mueller, V., & Grych, J. H. (2012). Youth experiences of family violence and teen dating violence perpetration: Cognitive and emotional mediators. *Clinical Child and Family Psychology Review, 15*(1), 58–68. <https://doi.org/10.1007/s10567-011-0102-7>
- Kämpfe, N., Penzhorn, J., Schikora, J., Dünzl, J., & Schneidenbach, J. (2009). Empathy and social desirability: A comparison of delinquent and non-delinquent participants using direct and indirect measures. *Psychology, Crime & Law, 15*(1), 1–17. <https://doi.org/10.1080/10683160802010640>

- Kim, E. J., Son, J. W., Park, S. K., Chung, S., Ghim, H. R., Lee, S., ... & Lee, J. (2020). Cognitive and emotional empathy in young adolescents: An fMRI study. *Journal of the Korean Academy of Child and Adolescent Psychiatry, 31*(3), 121. doi: 10.5765/jkacap.200020
- Kuhn, D. (2009). Adolescent thinking. In: R.M Lerner, L. Steinberg (Eds.), *Handbook of Adolescent Psychology: Individual Bases of Adolescent Development* (pp. 152–186). Wiley.
- Luengo, B.P., Pastorelli, C., Eisenberg, N., Zuffianò, A., Castellani, V., & Caprara, G. V. (2014). Trajectories of prosocial behavior from adolescence to early adulthood: Associations with personality change. *Journal of Adolescence, 37*(5), 701-713. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2014.03.013>
- Nagin, D. S., & Tremblay, R. E. (2001). Parental and early childhood predictors of persistent physical aggression in boys from kindergarten to high school. *Archives of General Psychiatry, 58*(4), 389-394. <https://doi.org/10.1001/archpsyc.58.4.389>
- Pinto, L. A., Sullivan, E. L., Rosenbaum, A., Wyngarden, N., Umhau, J. C., Miller, M. W., & Taft, C. T. (2010). Biological correlates of intimate partner violence perpetration. *Aggression and Violent Behavior, 15*(5), 387-398. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2010.07.001>
- Purdie, V., & Downey, G. (2000). Rejection sensitivity and adolescent girls' vulnerability to relationship-centered difficulties. *Child Maltreatment, 5*(4), 338-349. <https://doi.org/10.1177/107755950005004005>.
- Radtke, K. M., Ruf, M., Gunter, H. M., Dohrmann, K., Schauer, M., Meyer, A., & Elbert, T. (2011). Trans-generational impact of intimate partner violence on methylation in the promoter of the glucocorticoid receptor. *Translational Psychiatry, 1*(7), e21–e21. <https://doi.org/10.1038/tp.2011.21>
- Romer, D., Reyna, V. F., & Satterthwaite, T. D. (2017). Beyond stereotypes of adolescent risk taking: Placing the adolescent brain in developmental context. *Developmental Cognitive Neuroscience, 27*, 19-34. <https://doi.org/10.1016/j.dcn.2017.07.007>
- Rothman, E. F. (2018). Theories on the causation of partner abuse perpetration. In David A. Wolfe and Jeff R. Temple (Eds.), *Adolescent dating violence: Theory, research, and prevention* (pp. 25-51). Academic Press. <https://doi.org/10.1016/B978-0-12-811797-2.00002-5>
- Segura, L., Estévez, J. F., & Estévez, E. (2020). Empathy and emotional intelligence in adolescent cyberaggressors and cybervictims. *International Journal of Environmental Research and Public Health, 17*(13), 1-14. <https://doi.org/10.3390/ijerph17134681>
- Shaver, P. R., & Mikulincer, M. E. (2011). *Human aggression and violence: Causes, manifestations, and consequences*. American Psychological Association.
- Spencer, C. M., Toews, M. L., Anders, K. M., & Emanuels, S. K. (2021). Risk markers for physical teen dating violence perpetration: A meta-analysis. *Trauma, Violence, & Abuse, 22*(3), 619-631. <https://doi.org/10.1177/1524838019875700>
- Steinberg, L. (2005). Cognitive and affective development in adolescence. *Trends in Cognitive Sciences, 9*(2), 69-74. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2004.12.005>
- Steinberg, L. & Chein, J. M. (2015). Multiple accounts of adolescent impulsivity. *Proceedings of the National Academy of Sciences, 112*(29), 8807-8808. <https://doi.org/10.1073/pnas.1509732112>
- Taft, C. T., Street, A. E., Marshall, A. D., Dowdall, D. J., & Riggs, D. S. (2007). Posttraumatic stress disorder, anger, and partner abuse among Vietnam combat veterans. *Journal of Family Psychology, 21*(2), 270-277. <https://doi.org/10.1037/0893-3200.21.2.270>

- Tolan, P. H. (2007). Understanding violence. In D. J. Flannery, A. T. Vazsonyi, & I. D. Waldman (Eds.), *The Cambridge handbook of violent behavior and aggression* (pp. 5–18). Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511816840.002>
- US Centers for Disease Control and Prevention, 2016. US Centers for Disease Control and Prevention. (2016). Domestic violence prevention enhancement and leadership through alliances (DELTA). Retrieved April 20, 2017, Available from <https://www.cdc.gov/violenceprevention/delta/>.
- Valdivia-Peralta, M., Fonseca-Pedrero, E., González, L., & Paíno, M. (2019). Invisibilización de la violencia en el noviazgo en Chile: Evidencia desde la investigación empírica. *Perfiles Latinoamericanos*, 27(54), 1-31. <https://doi.org/10.18504/pl2754-012-2019>.
- Valdivia-Peralta, M., Paino, M., Fonseca-Pedrero, E., & González-Bravo, L. (2018). Attitudes toward dating violence in early and late adolescents in Concepción, Chile. *Journal of Interpersonal Violence*, 36(13-14), 1-21. <https://doi.org/10.1177/0886260518815724>
- Van Langen, M. A., Wissink, I. B., van Vugt, E. S., Van der Stouwe, T., & Stams, G. J. J. (2014). The relation between empathy and offending: A meta-analysis. *Aggression and Violent Behavior*, 19(2), 179-189. <https://doi.org/10.1016/j.avb.2014.02.003>
- Vitaro, F., Brendgen, M., & Barker, E. D. (2006). Subtypes of aggressive behaviors: A developmental perspective. *International Journal of Behavioral Development*, 30(1), 12-19. <https://doi.org/10.1177/0165025406059968>
- Watkins, L. E., Schumacher, J. A., & Coffey, S. F. (2016). A preliminary investigation of the relationship between emotion dysregulation and partner violence perpetration among individuals with PTSD and alcohol dependence. *Journal of Aggression Maltreatment & Trauma*, 25(3), 305314. <https://doi.org/10.1080/10926771.2015.1129657>.